

La Rana Roja



Num. 272 77

MARZO -1- 2011

(SEGUNDA ÉPOCA)

Las hijas de Circe es la serie de cuentos y relatos que, en su segunda época presenta la insuperable revista literaria *La Rana Roja*. Martré abre un bello abanico de mujeres fatales, mayoritariamente mexicanas. Ya el cine mexicano de los años 40 y 50 nos había ofrecido un búcaro exquisito de rumberas rompedoras de corazones. La literatura mexicana nos había ofrecido otras, pero no tantas, ni juntas, ni de un solo autor como las que aquí aparecerán. Deseamos que las disfruten, son tan malas como las francesas o las argentinas.

Vayamos al mundo de las féminas fatales; en el número anterior dedicado a las malas de Circe se nos coló una extranjera (pero actuando en México), ahora pongámosle atención a una tapatía más mala que el “Remington”. Este cuento, tal cual, figura en el volumen de cuentos *La noche de la séptima llama* (Martré, Edamex, 1975); y el título está inspirado en la canción “Mujer de magia negra” del jalisciense Carlos Santana. Se sugiere leerlo oyendo dicha canción, intensifica la tensión.



MUJER DE MAGIA VERDE

Por la tarde recibí telegrama de los Navarro. Anuncian su visita para esta noche, desean pasar la navidad con nosotros. Estoy desconcertado, es tanto como oír de nuevo los aullidos de los perros del diablo. No esperaba noticias tuyas, pensé inclusive en un distanciamiento definitivo y helos aquí, a unas cuantas horas, con sus vestidos de sangre y barro. Supongo que lo pasado entre los tres y yo ha perdido importancia. ¿Y si traen aviesas intenciones? ¿Cómo recibirá mi esposa la novedad? ¿Si no les abrimos? Sería descortés. Esperaré a los Navarro afrontando las consecuencias. Mi esposa comprenderá, presiento que me encuentro en las coordenadas de una dimensión sombría. Los Navarro... ¡extraña gente!

Conocí por casualidad a los Navarro, en Tlaquepaque, cuando curioseaba por el Parián, en plan de turista, hurgando entre las artesanías de vidrio, cerámica y barro. De pronto me abordó una señora de aspecto dudoso; habló en un susurro de las maravillas de vidrio fabricadas por su hermano ciego modelando al tacto. Añadió que el artesano era ciego de nacimiento y por lo tanto sus creaciones cobraban una fantasía inverosímil. Tan pronto notó mi interés por los objetos raros, le fue fácil convencerme y acepté acompañarla a su domicilio. Habló de piezas únicas. La seguí, no sin cierta aprehensión. La señora, vestida de negro con lentejuelas doradas, cubría su rostro con un velo pardo; me condujo por las callejuelas empedradas más estrechas de Tlaquepaque, población que de pronto me pareció circunferida al área por donde nos movíamos.

Las doce del día: el sol alumbraba con brillantez calcinando aquella calle sola, extraordinariamente solitaria. No vi un solo perro. No sentí el más leve sople de aire. Nadie, nada, ni las trizas de un mísero papel.

-Por aquí, señor -indicó la mujer cuando abrió el portón negro. Entramos en un patio cuadrado de piso de mosaico muy limpio, reluciente, cruzado por dibujos extraños, como cabalísticos, como de relojería cósmica. La señora se quitó el velo: era un típica tapatía guapa de ojos verdosos, tez blanca, pelo castaño, aire de franqueza. Me senté en un equical, inquieto, nervioso.

-Veré si mi hermano ya se encuentra trabajando. Mientras le prepararé también un refresco de arrayán. Hace calor y usted debe tener sed.

Callé, encendí un cigarro. Después una sirvienta trajo dos vasos y una jarra conteniendo el refresco. Me llamó la atención su juventud, el cuerpo bien hecho y su labio leporino; pensé en lo caprichoso de la naturaleza, concedía a una mujer encantos vestales y los anulaba con aquella deformación repugnante.

-Gagiene gu gegesco –dijo la gangosa y puso el vaso en una mesita a mi alcance. Agradecí y volvió al interior de la casa contoneándose sabrosamente; por detrás era un bocado apetecible. La dama enlutada regresó y se acomodó en otro equipal.

-Me llamo Carmen Navarro – se presentó y mientras hablaba colmó mi vaso de refresco-. Mi esposo se encuentra fuera de casa, tal vez no tarde mucho.

Bebimos dos grandes vasos de granuloso y helado arrayán. En seguida expresé mis deseos de ver los trabajos de su hermano ciego. Aparentó no haber escuchado mi petición y alabó largamente las pequeñas obras maestras de su hermano:

-En vida del difunto Kennedy, mi hermano hizo varias estatuillas de gnomos irlandeses para la Casa Blanca. Precisamente, la víspera de su muerte las recibió pero no tuvo tiempo de donarlas, quedaron en casa y su viuda las regaló meses después a su cuñado Bob. Me las pagaron muy bien. Muchos personajes famosos han tenido en su poder las obras de mi hermano, dése una idea; los soviéticos encontraron un pegaso nuestro, en el bunker de la cancillería donde Hitler y Eva Braun murieron. En la tumba de Stalin estuvo una medusa, pero ésta desapareció cuando empezó la destalinización de la URSS. Don Porfirio, fíjese usted, compró en 1908 un lotecillo de lémuers guindirrojitos y los llevó a Francia en el Ipiranga. ¡Pero si a Obregón, la mañana de su asesinato, el gobernador de Jalisco le obsequió un anillo de oro con un cangrejo azul, fabricado en esta casa!; viera cómo se alegró mi general cuando se lo puso en su única mano. La lista de gente célebre es larga: ahí verá al señor Malcolm X, él encargó un gran fetiche que sirviera de distintivo a sus hermanos los Muslines Negros. Mi hermano, el pobre cieguito, les hizo un Señor de las Tinieblas, Astaroth de vidrio negro ¡impresionante! Nunca le dieron el pago completo, porque antes de que Mr. Malcolm X le girara el cheque convenido, ¡mataron al señor Malcolm X! Con alarmante frecuencia los clientes no pagan la segunda parte de sus objetos. Muchas veces los devuelven o los recogemos. Es una colección preciosa, le parecerá interesante. Por lo menos se llevará una figura.

Después de oír aquella sarta de tragedias y desgracias acaecidas a los poseedores de esos objetos quizá bellos pero de presagios aciagos y acontecimientos ominosos, decliné en mi interior el dudosísimo privilegio de llevarme uno; es más, me sentí acuciado por la urgencia de alejarme a la menor oportunidad de esa casa misteriosa.

De nuevo apareció la cucha; preguntó si se ofrecía algo. La señora negó.

-No Débora, nada para mí ¿usted?

Se adelantó y dijo maliciosamente leyendo mis pensamientos:

-Quizá usted desea ver desnuda a Débora, tiene un cuerpo bellísimo. Cuando mi hermano ciego quiere moldear a Perséfone, Helena o Dafne, recorre el cuerpo de Débora con sus dedos y lo reproduce en cristal. Débora, muéstrale tu cuerpo al señor.

La orden me cayó de sorpresa por lo atinada. La chica se sacó el suéter y en dos movimientos sincronizados se despojó de la falda. Bueno, el cuerpo era bellísimo, sin embargo la piel tenía un color verde opaco, a veces verde como el maguey, a momentos dorada, tornasol. Puntos dorados y verdes. La miré bien. Sus manos, brazos y cara momentos antes de color natural, también eran verdidorados.

La señora Navarro acertó otra vez a mis deseos:

-Débora, siéntate en las piernas del señor.

La chica no se hizo repetir la orden, en dos saltos estuvo sentada en mis piernas. Esperaba ver agrietarse aquella rara pintura verde en los pliegues de las articulaciones y al mirar debajo, jirones de epidermis. Nada de eso. Rasqué con la uña y no pude desprender ni un milímetro cuadrado. De pronto apareció el señor Navarro como salido de la nada. Vestía modestamente, sonrió y me saludó. Débora hizo un nervioso intento de separarse, pero el señor Navarro la contuvo:

-Sigue ahí, Débora, no te preocupes.

El preocupado era yo, la situación me parecía confusa y peligrosa; el señor Navarro sonrió con humildad, dijo:

-De modo que usted viene a ver los tapices tejidos por mi cuñado el manco.

Pensé haber oído mal. La presencia de la imperfecta diosa verde me sobresaltaba. Le pregunté si se confundía. Doña Carmen explicó apresuradamente:

-Viene a ver a mi hermano ciego el soplador de vidrio.

El señor Navarro sonrió otra vez.

-Desde luego, eso dije, tu hermano ciego.

Doña Carmen repitió:

-Naturalmente, mi hermano el ciego –y me hice un lío, porque pregunté si su hermano era también griego

-Como usted sabe, tengo un hermano ciego.

-Efectivamente, mi esposa tiene un hermano ciego.

La señora se levantó de su equipal, se situó en el centro del patio y dándonos la espalda se agachó subiéndose la orilla del vestido hasta la cabeza. No traía nada abajo. El acto era sorprendente, pero más aún su trasero de color azul, de intenso azul.

Una pesada nube negra ensombreció el patio, la huída de la luz entenebreció el aspecto de toda la casa. Sentí un escalofrío y la piel se me puso chinita, tiritando entré al reino de la oscuridad. ¿Saldría de él?

-Sé que Débora no es de su completo agrado. Sin embargo, no soy tan vieja y tengo un trasero azul. Pocas mujeres en el mundo poseen un trasero azul.

Convine en la singularidad de su trasero. Débora se levantó y sirvió otra porción de refresco. El señor Navarro sugirió que entráramos a ver al hermano ciego. Marchó adelante y Carmen murmuró:

-Pórtese bien y le permitiré acostarse conmigo esta misma noche, si así lo desea

Sonreí asintiendo compulsivamente y después de cruzar el dintel, la puerta se cerró sola tras de nosotros. Estábamos en un calabozo sin ventanas ni tragaluz, alumbrado tan sólo por el chorro azul del soplete de gas utilizado para reblandecer el vidrio. Esa luminosidad era insuficiente –las sombras reptaban por su espacio vital-, su pálido reflejo prestaba a nuestras caras un aspecto cadavérico aumentado por las fluctuaciones del soplete azul al ser manipulado por el artista ciego quien parecía esperar nuestra llegada. Le pedí un marlín. El artista tomó un trozo cilíndrico de vidrio y lo acercó a la flama, al contacto con el sílice se reflejaron tonalidades anaranjadas en las córneas sin vida de aquellos ojos hundidos. Sobre la materia incandescente y blanda, sirviéndose de un estique de hierro moldeó la figura solicitada. Me presentó la pieza, vi un informe pedazo de vidrio desemejante a cualquier animal marino, incluyendo a los peces abisales. Carmen me impidió el cáustico comentario:

-¡Maravilloso marlin! –exclamó contemplando el pegote

-Extraordinario –resopló el señor Navarro-. ¿Qué le parece?

-No encuentro la similitud –musité tímidamente temiendo herir la susceptibilidad de la familia.

-En el mundo de Jimi –explicó Carmen-, los marlines se ven así.

El señor Navarro intervino:

-Jimi le hará ahora una cerasta.

El bueno de Jimi chapuceó meramente y me presentó otra masa amorfa. Los cuatro estaban pendientes de mis palabras. La verde Débora me consumía con la mirada, los ojos de Carmen eran azules y atravesando su falda el azul fluorescente de su trasero vibraba con suavidad. Los ojos del señor Navarro despedían destellos malvados, tuve presagios funestos. El ciego sonreía en espera de mis alabanzas:

-¡Farsante! –grité enfurecido y tomé a Jimi del pelo acercándole la cara al soplete. Hubo chasquidos fritos de bisté en las brasas, humo y olor de carne al carbón. Se me abrió el apetito. Empujé la cara de Jimi dándole vueltas para conseguir un asado uniforme. Jimi se entregaba al sacrificio sin chistar, sin defenderse. La cabeza quedó a punto. Convertimos la pedacería de vidrio en toscos instrumentos de mesa. Cada quién desgarró un trozo de su lugar preferido. Débora comió los ojos, Carmen devoró las orejas, Navarro y yo, ambos de los mismos gustos, engullimos los cachetes. ¡Me matan los tacos de cachete! Cuando terminamos de canibalear, Carmen me ordenó:

-Llévese el marlín y la cerasta.

Las puso en mi mano. Pese a la densa oscuridad las vi y eran dos bellas réplicas del pez y el ofidio. Débora se acercó:

-No las conserve -ya no gangoseaba-, regálas antes de veinticuatro horas.

Carmen, siempre atenta, apretándome el brazo me aconsejó:

-Regálas a sus seres queridos.

Los tres se echaron a reír. Salimos al patio, ya oscuro. Me encontraba en la mejor disposición del mundo. Eructé sin querer. Navarro percibió el ruido gástrico y comentó:

-¿Qué hará el pobre de Jimi? –luego se echó a llorar. Las lágrimas lo corroían, surcaban sus mejillas dejándole grandes huellas rojizas y purulentas. A su contacto se deshacían la camisa, pantalón y hasta

la epidermis; al llegar al hueso subía un humillo blanco. Aquel fluido consumió el cuerpo ahí en el patio, convirtiéndolo en una baba viscosa y protoplásmica, transparente e inodora, la cual escurrió por el declive del mosaico hasta desaparecer en la atarjea. ¿Estaría soñando? Una voz me regresó a la realidad:

-Llévese a Débora –mandó Carmen.

¿Qué hacer con una chica de piel verde, en qué hotel nos admitirían, dónde la podrían tolerar?. Maquinalmente me serví otro vaso de agua de arrayán, el agua era roja y tenía el olor y la consistencia de la sangre. Hice una mueca de repulsión, al verla, Carmen dijo:

-Toma tu arrayán-. Alcé el vaso y cierto, era agua de arrayán. Dulce, agridulce, apuré el contenido. Salimos Débora y yo. La calle continuaba desierta y ahora sumida en sombras espesas y opresoras.

Llegamos al Parián. La desnudez y color de Débora pasaron inadvertidos. Nadie lo comentó, ni el chofer del taxi. Ni el administrador del Hotel Fénix de Guadalajara, ni los mozos, ni los elevadoristas. La registré como mi esposa. Aceptaron sin chistar.

Ella resultó ardiente. Hacemos el amor todas las noches. Su excepcional periodo de gestación es tan sólo de cuatro horas, pero Débora, como Saturno, devora a sus hijos al amanecer. Es su dieta. Un niño diario. Lo come crudo o lo guisa en diferentes formas. Me ofrecía pero rehusé por elemental decencia. Quise dejarla y no lo conseguí. Su modo de hacer el amor es subyugante. La locura es mi cárcel.

Una ocasión le robé un niño (todos son normales, se parecen a mí) y lo conduje al sanatorio particular de un amigo. Así creía burlarla. Al día siguiente parió mellizos y los cocinó en estofado, con pasitas y alcaparras.

Débora tiene ahora mellizos todos los días, uno verde y otro de color natural.

Hemos solucionado la pequeña diferencia surgida entre nosotros: ella come el rosado y yo el verde. En tortas ahogadas con chipotle y aguacate son exquisitos, sin embargo, lamento el fin de la estirpe deboriana, con este apetito insaciable jamás podremos perpetuarla.

Actualmente formamos una pareja feliz. El marlín y la cerasta adornan la chimenea de nuestro dulce hogar.

Disculpen, los dejo, los Navarro llaman a la puerta. Voy a abrirles.

Entre las muertas de Juárez, una poeta había. Una poeta fue asesinada por ser activista, por reclamar a la muerte la entrega de los asesinos: Susana Chávez. Desde Barcelona, el poeta Orlando Guillén remite a la Rana roja un puñado de poemas de esa mujer mártir.

¿Qué harán los asesinos?

Por Orlando Guillén

Poesía de Susana Chávez
(Ciudad Juárez, 1974-2011)

¿Qué harán los asesinos, comenzando por Obama en el imperio de las patas de ahogado, comenzando por Calderón en México, etcétera, cuando, fruto de sus guerras (todas ellas sucias, todas a propósito de dominación y usura y todas selectivas) se acaben los cadáveres que sembrar en el mundo? ¿Se exterminarán entre ellos? ¿El último se apagará la luz de la azotea o simplemente se cagará de miedo?

De entre tantos muertos y muertas impunes en México, destaco, rabiosa y potente esta, la de **Susana Chávez**, cuya escritura poética se eleva viva por sobre el berrido en cachitos de los cuernos de chivo.

MADRE ENVIDIA.

Toda tarde, según tú
fue extrañar esos ojos,
según tus reglas
no sentir soledad.

Según tú
disfruté a la vida serpenteando.

No puedes reconstruirte con otra ideología
menos con la emoción de una palabra.

Según toda tú
te llena la televisión,
te reencuentra el lenguaje,
mereces los instantes ajenos.

Madre desquiciada y sorda
donde cae una lágrima
donde no se distingue la remembranza.

Madrecita envidia.

Traes la noticia de mañana,
encontrando ausencia en ese instante de ti,
cubriendo huecos muertos de años.

Madre envidia
me iré, exiliada con un protocolo mejor
que el de tu morada.

SANGRE NUESTRA.

Sangre mía,
de alba,

de luna partida,
del silencio
de roca muerta,
de mujer en cama,
saltando al vacío,
Abierta a la locura.

Sangre clara y definida,
fértil y semilla.

Sangre incomprensible gira,
Sangre liberación de sí misma,
Sangre río de mis cantos,
Mar de mis abismos.
Sangre instante donde nazco adolorida,
nutrida de mi última presencia.

SOMBRA DEL VIENTO.

Sombra de ti en el viento,
un reflector en la niebla
donde el silencio encuentra el hilo,
el ruido exacto

El llanto de Judas
aterra esta claridad
podrías acaso ver
mi resurrección inmovilizada
deseando un soplo de tu carne
para echar a volar la noche.

¿Qué estoy interrumpiendo?,
en dónde no titubean mis manos

Te llamo desde lejos

Riesgos desordenados, para tocar en el viento
esa enmudecida parte del cuerpo.

Te inventaba en una breve locura
y ahora comprendo que es tu cuerpo
la pendiente donde he de arrojarme al vacío.

DONDE LA PIEL SE QUITA

Ser la obra extraviada de la muerte
es encontrar en tu orilla el origen,

ser un rayo de luna en el bosque
que descubre que te encuentras en su centro.

Habré de regresar,
habré de quitarme la piel
para caer sobre tu alma,
para entrar,
salir de tu boca.

Sacudo umbrales en esta confesión
con discurso profético,
después de haber deshecho tu libertad.

Reconozcámonos en el sitio señalado:
en ese sitio donde el guante
se quita para abofetear a la verdad,
donde tus manos
habitan una paloma
y toco aquello que me designo.

Sitio en que mi pan es tu vino
y mi vino es tu otoño muerto.

Mientras, suspendidas vamos en la materia,
cruzamos fondo,
balanceándonos hacia donde la lluvia huye
y narrar abandona el sueño,/ donde la piel se quita.

RUINAS

En los labios crece esta hiedra
y la puerta añosa se cierra de golpe.

El invierno se descubre
dentro de un pausado caminar
que trae rumores escapando en el temblor
de una mano que acaricia retratos.

Brusco final del viaje,
que sólo deja exhaustividad
en una sumisa nostalgia escondida en la penumbra.

Ya ni el vacío se yergue,
ni se muestra piedad al espejo,
ya todo hace la huida de
la respiración,

incluso la eternidad.



AL RESCATE DEL POETA MUERTO JUAN BAUTISTA VILLASECA

Por Roberto López Moreno

Durante los *sucesos del 68* el poeta Juan Bautista Villaseca escribió once estrujantes poemas sobre los dolorosos hechos. Me confieso responsable de que esos poemas se hayan perdido en medio del trajinar de aquellos difíciles días; culpable, por no haberlos recobrado de las manos de quien yo sabía que los tenía. Tan sólo puedo responder por uno, de título **Tristeza**, el único que pude rescatar y que afortunadamente aparece ya en varias antologías de poesía sobre ese tema, como la de Miguel Aroche Parra o la de la Revista "Zurda" o en la revista "México en Guardia" o en la reciente antología de Damián-Ocampo-Zenteno, titulada "Epopéya del 68" y otras. De Villaseca sólo quedó ese poema y dos versos que recuerdo de otro: *Hoy amaneció mi universidad/ con la alegría izada a media asta...*

Por la época del 68 había un fotógrafo que nos acompañaba a todos lados, un tal Bernarder o Benardet o Bernaderdetie. Era inseparable de nosotros en nuestros, recitales, en nuestros cocteles, en nuestros aquelarres bohemios, en nuestras conferencias, en nuestros agarrones internos. De todo sacaba fotos y lo teníamos como uno más de nosotros. Él fue el encargado de recoger los poemas que Villaseca escribió sobre el Movimiento del 68, después, este

fotógrafo desapareció para siempre de nuestras vidas. Y mucho después todavía, por ahí se corrió el rumor de que el tal Bernar... lo que sea, había sido un agente infiltrado entre los grupos literarios en ese entonces. Él se quedó con los once poemas, sólo pude recuperar uno, que es el que hasta la fecha anda circulando por ahí.

Por otra parte, yo coincidí con este grupo de poetas perseguidos por la marginación y los escasos medios económicos; pero también tenía contacto con otros grupos de escritores con los que me veía con frecuencia y sostenía compromisos; pero también eran fechas en las que me iniciaba plenamente en el periodismo profesional; pero también participaba al mismo tiempo, en organizaciones clandestinas de las llamadas izquierdas de aquel entonces; pero también tenía cierta actividad en el movimiento del 68, aunque fuera en lo planos estrictamente externos (asistencia a manifestaciones, recitales proselitistas, repartidor de propaganda, autor de poemas combativos, etc.); pero también, yo, que había vivido desde niño en la ciudad de México, me encontraba tendiendo mis primeros puentes con las instituciones culturales de mi tierra, Chiapas. Por todo ello no pude exigir categóricamente que los que se habían hecho cargo de la obra de Villaseca cumplieran con su obligación y no nada más la ocultaran, como lo hicieron, para sus posibles lectores.

Una vez ya pasado mucho tiempo de los sucesos que he relatado, me hablaron del Instituto de Investigaciones Filológicas de la UNAM, concretamente de parte del equipo que labora en el Diccionario de Escritores Mexicanos encabezado por la Doctora Aurora M. Ocampo, para pedirme datos de este luminoso (y sombrío) poeta tan ignorado por todos gracias a la mala administración de su obra. Me hablaron sabiendo que yo era el único que podía proporcionar con lealtad, alguna pista sobre el poeta y su producción (lo que les había llegado a ellos era lo por mí publicado), basado yo en mi terquedad de no dejar que la infamia matara al poeta, en mi decisión de hacerlo permanecer vivo para las nuevas generaciones, contra viento y marea, contra los que lo habían traicionado y contra la cultura oficial también de sañas homicidas. Fue una muy agradable sorpresa para mí ese llamado. Una gran satisfacción.

Gracias a la doctora Ocampo, desde la edición del 2007, Juan Bautista Villaseca cuenta ya con una ficha en el Diccionario de Escritores Mexicanos Siglo XX (Nueve volúmenes) editado por el Instituto de Investigaciones Filológicas de la UNAM. No lograron matar a Villaseca ni los unos ni los otros. Y de eso me declaro culpable.

El egoísmo, la mezquindad, la mediocridad (el odio a las irradiaciones de su excelente trabajo, casi se podría asegurar) mantuvieron su obra secuestrada todos estos años. No se conocía más que lo publicado por mí en el libro "Variaciones de invierno" (Edit. Morada de Paz. 1977). Ilustraciones de los pintores Mario Orozco Rivera y Leticia Ocharán, con apoyo en cuestiones de papel e imprenta del doctor Daniel Martínez Montes (a) El Endodonte. Por esta publicación hicieron un gran escándalo en el Excelsior los que se creían dueños de la obra de Villaseca. Hasta se amenazó en el diario con que se me demandaría penalmente por haber publicado el poco material que poseía, sin su consentimiento). Sobre lo que llegué a publicar, con el paso de los años, trabajaron ensayísticamente algunos jóvenes poetas de talento como Jorge Solís Arenazas y otros, en revistas virtuales como "México Volitivo" y otras publicaciones impresas. Existe también una crónica de la maestra Ysabel Gracida sobre una supuesta conversación entre Villaseca y el poeta cubano José Lezama Lima, recogida en mi libro "Vuelo de tierra" (Ensayos), CONECULTA de Chiapas, 2008. Pero este texto fluctúa (literariamente hablando) entre la realidad y lo fantástico. Por cierto, ese mismo diálogo aparece en un poema en donde desarrollo mi teoría de los Poemurales, publicado, la primera vez, por la editorial Papeles Privados y la segunda, bajó el título de "Morada del colibrí" por el IPN. Este diálogo

también lo reprodujo la revista “El Búho” de la Fundación René Avilés Fabila y como obra suelta dentro de una colección de poesía contemporánea publicada por la editorial “Claves Latinoamericanas” que dirigía Raúl Macín.

Por fin, después de décadas de secuestro, la obra de Juan Bautista Villaseca, íntegra, ha sido entregada para su estudio y difusión a los poetas Arturo Jiménez y José Manuel Recillas, quienes en su aparición relativamente reciente, no tuvieron ningún vínculo ni con Villaseca ni con su mundo, pero estoy seguro que con su esfuerzo harán realidad lo que vaticiné en mi poema “Sancho a un poeta”: *No temas poeta Villaseca,/ Juan Bautista de dolores,/ sólo los malos versos/ no caminan./ Hay los que tarde o temprano/ vuelan.*

Diurno con la muerte

Está surcándome el reloj al cuerpo,
me está hablando de tú,
me está esperando
como una prostituta solemne
al final de la calle.
Yo paso sin mirarla,
sin oler que aguarda
detrás de cada rosa,
dentro de cada beso,
cayéndose a mi sangre
como un paraguas roto que ha enlutado
el beso de la tierra.
Allí me espera.
Allí.
Allí me espera.
Está en la esquina con anteojos verdes.
Día y noche está allí.
Por las mañanas nos mentamos la madre.
Por las noches
es una madre de laurel y polvo,
me dice: -buena sombra.
Me destina la cama,
llama al sueño,
y como prostituta arrepentida
va otra vez a esperarme
al final de la calle.

Juan Bautista Villaseca



Durante el juicio....

Abogado:

- **Cuál es su edad?**

Viejita Indefensa:

- **Tengo 86 años.**

Abogado:

- Podría decirnos, en sus propias palabras que fue lo que sucedió?

Viejita:

- Allí yo estaba, sentada en la mecedora en el porche de mi casa en una agradable noche de Verano, cuando un joven se acercó y se sentó junto a mi.

Abogado:

- Usted lo conocía?

Viejita:

- No, pero el se mostró bastante amigable.

Abogado:

- Que sucedió después de que el se sentó?

Viejita:

- El comenzó a acariciar mis piernas.

Abogado:

- Usted lo detuvo?

Viejita:

- No, yo no lo detuve.

Abogado:

- Por que?

Viejita:

- Se sentía muy bien, nadie me había hecho eso desde que mi esposo murio hace 30 años.

Abogado:

- Que sucedió después?

Viejita:

- El comenzó a acariciarme los senos.

Abogado:

- Usted lo detuvo entonces?

Viejita:

- No, yo no lo detuve.

Abogado:

Por que?

Viejita:

- Bueno, señor Juez, sus caricias me hicieron sentir viva y Excitada. No me había sentido así en muchos años.

Abogado:

- Que sucedió después?

Viejita:

- Bueno yo me estaba sintiendo tan caliente y excitada que simplemente abrí mis piernas y le dije: 'Hazme tuya jovencito, tómame, hazme el amor.'

Abogado:

- Entonces, él la tomó, le hizo el amor?

Viejita:

- No. El solo gritó '¡Feliz Dia de los Inocentes!'...y fue alli cuando le disparé al Hijo de su puta madre

AVISO

EL PRÓXIMO NÚMERO SERÁ DEDICADO A LA HISTORIETA MEXICANA “FANTOMAS, LA AMENAZA ELEGANTE”, POR SER EN LA ACTUALIDAD UNA HISTORIETA DE CULTO QUE TUVO ALGUNA VEZ LA PARTICIPACIÓN DEL CRONOPIO DE CRONOPIOS ACERCA DE LA CUAL INCLUIREMOS UN ENSAYO DE CARLOS GÓMEZ CARRO Y OTRAS CURIOSIDADES.



Faltan 615 días para que esta cerda sea echada a patadas de su chiquero.



DIRECTORIO

DIRECTOR GENERAL: Juvenal Bardamu

Subdirector: Gonzalo Martré

CONSEJO EDITORIAL: Novo, Leduc, Tablada, Gómez de la Serna, Apuleyo, Juvenal, Celine, Bierce, Quevedo, Nikito Nipongo, Petronio y demás cuadernos...

COLABORADORES: René Avilés Fabila, Orlando Guillén, Francisco de la Parra de G., José Luis Ontiveros, Juan Cervera, Félix Luis Viera, Fernando Reyes, Lucero Balcázar, Laszlo Moussong, Edgar Escobedo Quijano.